

## Los niños de la Buenos Aires de comienzos del siglo XX

*“Los niños son “genios” porque comprenden y entienden la realidad sin perturbaciones psicológicas o preocupaciones propias de los adultos”*

Arthur Schopenhauer

En una ciudad que se modernizaba rápidamente, donde el viejo tranvía a caballo, que apareciera pasada la mitad del siglo XIX, comenzaba a cederle paso al suntuoso "tranway" eléctrico, donde a comienzos de 1800, introducido por Dalmiro Varela Castex llegaba al país el primer automóvil "Benz", donde los teatros, como el Odeón de la calle Esmeralda que dio a conocer en 1906 su primera función de "biógrafo", empezaban a expandirse por una Buenos Aires revuelta, crecían los niños de aquellos tiempos; muchos de los cuales jamás se subirían a un "Benz", ni pagarían boleto en el "tranway" ni presenciarían espectáculos teatrales o cinematográficos. Avasallada por oleadas de inmigrantes, la moderna ciudad de Buenos Aires no resultó para muchos el paraíso añorado.

En principio Eduardo O. Ciafardo clasifica a los niños de la ciudad en tres grandes grupos: los niños pobres, los de los sectores medios y los de la elite.

A fin de lograr una clara exposición de la clasificación que plantea el autor, proponemos analizar cada clase social de acuerdo a los siguientes cuatro tópicos:

*Familia y vivienda, espacios públicos, trabajo y escolaridad, juegos y amistades.*

Comencemos por el primer grupo.

Familia y vivienda: Estos niños “viven en conventillos del centro o en barrios o asentamientos precarios de los suburbios de la ciudad.”<sup>1</sup> La falta de viviendas y el continuo crecimiento demográfico provocan el surgimiento de estos conventillos donde conviven muchísimas personas. La familia de estos niños incluye, abuelos, primos, hermanos (generalmente numerosos). Todos conviven en condiciones de hacinamiento habitacional.

Espacio públicos: Debido a que los conventillos debían ser higienizados durante el día, las madres de estos niños los expulsaban de los mismos y terminaban ellos “pululando por las calles y veredas”<sup>2</sup>. Ciafardo explica que esta prohibición de permanecer en el hogar, sumada a la carencia de espacios verdes en la ciudad explicaban la permanencia de los niños en las calles. Para estos infantes, los paseos por Palermo, Recoleta y las Barrancas de Belgrano estaban prohibidos e incluso muchas veces eran perseguidos por la policía. Por lo tanto el único espacio que les quedaba era el de la calle.

Trabajo: Dado que en la ciudad de Buenos Aires, la industrialización por estos años no había alcanzado la envergadura suficiente para albergar a todos los niños trabajadores, “las ocupaciones laborales de los niños se extendieron preferentemente hacia una (...) gama de oficios callejeros: vendedores de diarios, lustrabotas, mensajeros, mendigos, vendedores de billetes de lotería...”<sup>3</sup> No debe sorprender de todas formas que los niños por aquellos años trabajaran a la par de los adultos. Aún no había leyes que regularan el trabajo infantil, será años más tarde con el socialista Alfredo Palacios que se vedó el trabajo a menores de diez años. Resulta interesante la

---

<sup>1</sup> Eduardo Ciafardo, *Los niños en la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Centro editor de América Latina, 1992, p. 9

<sup>2</sup> Idem, p.13

<sup>3</sup> Idem, p.16

categorización de José Ingenieros, donde distingue entre los vendedores tres grupos a los que denomina “industriales”, “adventicios” y “delincuentes precoces”. En el primer caso el niño funcionaba económicamente como uno de los “sostenedores del hogar”, en otros casos como “cooperador no indispensable” y en algunas familias el niño era “explotado para hacer algunos ahorros”. Dentro de la categoría de “adventicios” estaban los niños que no vivían con sus familias y que vendían ocasionalmente. El último grupo reunía las mismas características que el anterior pero además estos niños delinquían.

Las niñas podían dedicarse a la prostitución desde muy jovencitas y aún los niños más desarrollados podían dedicarse al mismo trabajo, brindando sus servicios a adultos homosexuales.

Escolaridad, juegos y amistades: Generalmente los niños cursaban los grados escolares hasta que estaban en condiciones físicas de trabajar.

Habitualmente agrupados en bandas o pandillas, las cuales se organizaban jerárquicamente, donde el más fuerte se convertía en el jefe. Los juegos de estos niños se llevaban a cabo en las calles. Allí se realizaban las fiestas de San Juan y San Pedro en la que los niños participaban activamente. Jugaban además a tocar los timbres de las casas y salir corriendo, a subir y bajar del tranvía en movimiento. Jugaban por dinero a diversos juegos sin ser censurados por los adultos, los cuales incluso muchas veces los observaban divertirse de esa manera con la “Chirola”, los “Cobres”, el “Siete y medio”, entre otros. Será desde mediados de la primera década cuando por incentivo del Consejo Nacional de educación las figuritas circularán masivamente, reemplazando muchas veces al dinero en las apuestas. Otros de los juegos preferidos por los niños era el de tirarle piedras a los viejos desconocidos y matar gorriones con la gomera. Resulta sugestivo el hecho de que por estos años ninguno de los niños de todas las clases sociales sientan simpatía por los animales. Será recién a partir de la década de 1920 que las mascotas cobrarán relevancia.

Los niños de los sectores medios.

Familia y vivienda: Se domicilian con sus familias alojados en viviendas no colectivas. Se trataba de casas individuales habitadas por el núcleo familiar, generalmente de tipo “chorizo”.

Espacio públicos: Principalmente ocupaban las calles del barrio y las plazas con sus juegos los días semanales y realizaban paseos los domingos sin personas mayores que los vigilaran. La diferencia con los niños de clase baja se articula en función de que los padres del primer grupo prohibían a sus hijos permanecer en el conventillo, mientras que en el caso de los sectores medios ocurría lo contrario, se intentaba alejarlos de la calle.

Trabajo: Los niños del sector medio no trabajaban, por el contrario, eran los que más permanecían en la escuela.

Escolaridad, juegos y amistades: Estos infantes constituyen la gran mayoría del sistema escolar porteño. Los niños que concurrían a las escuelas tenían la posibilidad de experimentar juegos grupales que otros chicos desconocían, aunque muchos de los extraídos por las maestras de revistas pedagógicas belgas o francesas cayeron en desuso. Los principales juegos eran “El gran bonete”, “La gallina ciega”, para las niñas, “Abuelita que hora es”, entre otros. En la escuela se diferenciaban los juegos para los más pequeños, para las niñas y también para los niños. Sin embargo había juegos para ambos sexos, como la “Rayuela”, el cual incluso traspasaba las fronteras de todas las clases sociales. A pesar de esta diferenciación de juegos para hombres y mujeres, muchos educadores temían por el afeminamiento de los muchachos ante juegos como “Buenos días su señoría mantantirurirá”. No obstante, los temores de las autoridades

se desvanecieron cuando dieron cuenta que el código de entendimiento por excelencia elegido por los varones era el de la violencia, luchar a golpes de puño en los recreos.

Estos niños, a diferencia de los que analizaremos en el siguiente grupo, por asistir a la escuela ven ampliado su círculo de amistades. No sólo se relacionan con primos, hermanos e hijos de amigos de los padres, sino que comparten sus horas de ocio con sus compañeros de clase.

Hay un fuerte interés por retener a los niños dentro del espacio hogareño, para lograr su permanencia en las casas se crean juegos de diversas características, tanto para niñas como para varones. Para ello, utilizaban elementos o juguetes que fuera posible adquirir en los mercados. Los niños de este sector no podían aspirar a los juguetes importados desde Alemania que regocijaban a los más acomodados.

Los niños de la elite.

Familia y vivienda: Estos niños convivían con sus familia compuestas habitualmente de padre, madre y hermanos. A su vez, contaban con niñeras. Las familias acomodadas de Buenos Aires tenían más de una propiedad. A la casa de la ciudad, donde los niños gozaban de habitación propia, se le sumaban las quintas en Tigre, Belgrano o San Isidro. Estos niños, sin embargo, pasaban generalmente más tiempo con mucamas o niñeras que con sus padres, los cuales trabajaban y seguidamente viajaban.

Espacio públicos: Para los niños de fortuna, la calle era solamente un espacio de tránsito, en compañía siempre de un adulto. Al contrario de los niños pobres y en alguna medida de los del sector medio, los acomodados no ocupaban las calles para practicar actividades recreativas. Sus recreaciones eran llevadas a cabo en los bosques de Palermo, en la Recoleta, en Belgrano. En época otoñal participaban de los corsos. Iban también al zoológico e incluso al teatro. Estas dos últimas actividades mayoritariamente realizada por los varones.

Trabajo: Estos niños no trabajaban.

Escolaridad, juegos y amistades: No era frecuente ver a chicos bien acomodados en las escuelas. Su presencia en ellas generalmente iba relacionada con la rendición de exámenes libres o tal vez para cursar los últimos grados. Estos impúberes eran educados en el ámbito hogareño por institutrices extranjeras o maestras particulares argentinas.

A consecuencia de no salir a la calle y de casi no asistir a la escuela, sus únicas amistades eran sus hermanos, primos e hijos de amigos de sus padres. Muchas veces tanto los varones como las mujeres organizaban fiestas en sus casas donde recibían a sus pocas amistades. Los juguetes que estos niños poseían eran pedidos por encargo especialmente desde Alemania. A diferencia de los demás infantes de los otros grupos, sólo frecuentaban el puerto para viajar a Europa o para recibir a algún familiar.

Entre las actividades más frecuentes se encontraban los paseos, los cuales servían para verificar la posición social de estas familias. En las vacaciones de verano, iban con sus familias Mar del Plata o Necochea.

Muchas películas del cine argentino de mediados del siglo XX como ser “Pelota de trapo”(1948) de Leopoldo Torres Ríos”, “El canillita y la dama” (1938) de Luis César Amadori o “Los tres berretines” (1933) de Enrique Susini por tomar sólo algunos ejemplos dan cuenta de varios de los tópicos descritos por Ciafardo. Si bien estas películas han sido rodadas en tiempos posteriores, el cine argentino de aquellos años intentaba captar la nostalgia del barrio, del arrabal, de aquello que rápidamente se había perdido con el avance de la ciudad y los espacios industrializados. En el segundo ejemplo mencionado, cada berretín (el tango, el fútbol y el cine) se articulaba alrededor

de las instituciones con las que por excelencia contaban los barrios: la escuela, la sociedades de fomento, la iglesia. Y a pesar de que el artículo de Ciafardo haga mención a la escasez de espacios verdes, los barrios durante aquellos años, y así lo confirma Adrián Gorelik en La grilla y el parque, se articulaban alrededor de un parque, espacio de recreación por excelencia. Claro que tal vez estas películas tomaran elementos que aún no habían aparecido en la realidad Argentina antes del 1900. Los clubes de fútbol recién comienzan a surgir a principios de la primera década del siglo XX, el tango si bien data de comienzos de siglo se asienta posteriormente y el cine, a pesar de haber surgido en 1895, no se había aún constituido como medio masivo de entretenimiento. De todos modos, es claro que el fútbol rápidamente formaría parte de un de los juegos principales de los niños y que el cine suplantaría tal vez algunos de los paseos por los circos de los niños adinerados. Podríamos pensar también, para no limitarnos exclusivamente al ámbito local, que las películas de Vittorio de Sica, como el “Lustrabotas” también reflejan muy bien las actividades de los niños de la ciudad. No de Buenos Aires, por supuesto, pero sí de una Italia destruida por la guerra.

Tomemos ahora a Carolina Tobar García y ubiquemos las cuestiones que plantea respecto de la escolaridad. Esta autora es médica y por lo tanto lo que a ella le interesa de la cuestión educativa es la detección del déficit y la posterior terapéutica de niños anormales respecto del rendimiento en la escuela. Una vez recibida en la Universidad de Buenos Aires viaja a los Estados Unidos donde se dedica a estudiar la educación y los cuidados que se les brinda a los deficientes mentales. El marco teórico dentro del que se mueve es el biotipológico, observando y clasificando las deficiencias y las causas que las provocan. Se vincula también con la eugenesia. A su regreso de los Estados Unidos, Tobar García encuentra dos dificultades para aplicar lo aprendido en Norteamérica. Primeramente la heterogeneidad de la población argentina debido a las oleadas de inmigrantes dificulta su estudio y por otro lado la carencia de instituciones para llevar a cabo tanto la investigación como la posterior creación de Escuelas diferenciales. Las dificultades económicas y el gran desconocimiento del tema también se presentan como obstáculos.

La Escuela de Adaptación que intenta introducir T. García en nuestro país y que recién lo logra en 1942 posibilitaría que muchos niños escolarizados que no alcanzasen un nivel mental para convivir con niños normales pudieran estar en escuelas especiales con cuidados personalizados. Pero ¿a qué llama niños normales? La autora hace hincapié en saber diferenciar los chicos retardados de los que no lo son. El retardado es aquel que queda rezagado en comparación con los demás chicos de su misma edad. Hará una diferenciación entre el retardado y el anormal y entablará discusiones con pedagogos y médicos acerca de estos dos tipos diferentes. Dirá que el primero puede ser escolarizado y el segundo no. Lo explica en su artículo “¡Ocupémonos de los niños retardados!”, donde asegura que aquella expresión no goza de significado psicológico ni científico preciso.

La puntana aplicará una fórmula para determinar la normalidad de los niños. Divide para ellos, la edad escolar por la cronológica. De esta manera, si el resultado fuese mayor a 0,51 el niño sería un retardado y si el resultado fuese menor a 0,50, se trataría de un anormal. Hay que tener en cuenta que aquí sólo trabaja con la variable inteligencia, a partir de la cual vuelca los datos sobre la curva de Gauss. De esta forma, revelará las diferencias entre un idiota, un imbécil, un débil mental, un subnormal, un normal, alguien inteligente, muy inteligente, superdotado y genio.

A su vez, esta médica psiquiatra se interesaba por los deficientes mentales y su posibilidad de escolarización considerando que los no escolarizados no eran útiles para la sociedad.

Ahora bien, ¿cuáles serían para Tobar García los beneficios de una escuela diferenciada? La ventaja principal sería una enseñanza a medida con maestros que cambien regularmente, material específico, médicos especializados, consultorio y gabinete psicopedagógico.

#### Bibliografía:

- Eduardo Ciafardo, Los niños en la ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, Centro editor de América Latina, 1992.
- Lucía Rossi y colaboradores, Psicología: su inscripción universitaria como profesión, Buenos Aires, Eudeba, 2001.
- Adrián Gorelik, La grilla y el parque, Buenos Aires, Sudamericana, 1982